

# Algunas razones más para votar al PSOE

Por Javier SOLANA

La Historia de España no ha sido pródiga en periodos en los que la convivencia y el avance hacia la justicia fueran duraderos. Desde comienzos del siglo XIX, la España contemporánea no ha cesado de buscar un marco de convivencia libre y pacífica entre todos los ciudadanos y los pueblos que la componen. Hoy se puede afirmar sin pecar de voluntarismo que nunca, en siglo y medio de historia, se ha encontrado España en condiciones más favorables para la estabilización definitiva de la democracia y para la adquisición plena de los derechos de ciudadanía. La sociedad española actual está superando los desgarramientos sociales que la caracterizaron en el pasado. La inestabilidad política y el atraso económico en que se iniciaron experiencias democráticas y progresistas anteriores. Hoy, nuestra sociedad muestra una homogeneidad mayor y una disposición superior a la convivencia pacífica.

La economía española, a pesar de la crisis por la que atraviesa, las contradicciones que la caracterizan y su desfase tecnológico, es ya una economía industrial con posibilidades de crecimiento y con una renta «per capita» por habitante que nos sitúa en el contexto de las sociedades desarrolladas de la Tierra.

El marco internacional, por inquietantes que aparezcan algunos de los últimos signos, no deja de ser muy diferente del de los años treinta, cuando iniciamos la última andadura hacia el progreso en nuestro país.

Por todo ello, tanto por las condiciones sociales e ideológicas como por las económicas, España puede, y debe, marchar firmemente hacia la libertad, constituyéndose como nación democrática y progresista estable.

Nuestro ordenamiento constitucional plasmó con acierto un modelo de convivencia social, de libertades y de derechos individuales y

colectivos, que ofrecen el marco ideal para modernizar el país dentro del espíritu pacificador y constructivo que la Corona ha promovido, en armonía con el sentir del pueblo.

En las próximas elecciones, los ciudadanos tendrán que decidir con su voto quién está en mejores condiciones para consolidar esta empresa que aparece como aspiración de una mayoría de españoles. Una izquierda moderna, europeizada y seria o una derecha fragmentada, erosionada y débil.

Una derecha que, desde el Gobierno, ha permitido que su representación política se disolviera ante los ojos atónitos de los ciudadanos, y que ha frustrado repetidamente las esperanzas de modernización y de transparencia de las estructuras del Estado, de la sociedad y de la economía, enredándose en prácticas oportunistas hasta quedar paralizada.

O, por el contrario, el PSOE, que ha demostrado su profundo sentido de la responsabilidad conjugando durante este periodo el lícito e imprescindible papel de oposición con el de facilitar sensatamente la gobernación y la estabilidad de las instituciones.

El Gobierno que surja de las próximas elecciones tendrá que cumplir un doble objetivo. De una parte, lo que yo calificaría de objetivo **nacional** y, de otra, un objetivo de **solidaridad**. El primero consiste en romper las ataduras que impiden que España atraviese el umbral de la modernidad y que debe permear toda la acción de Gobierno: la cultura, el sistema educativo, las libertades, la investigación y la tecnología, las relaciones entre lo privado y lo público, la fragmentación social, la posición de España en el mundo. Completar la construcción del Estado de las autonomías, resolviendo el contenido histórico de España. El PSOE se ha convertido en la única fuerza política con implantación en

toda España, lo que le configura como vehículo de identidad nacional, situándole en condiciones muy favorables para, desde una perspectiva solidaria, terminar el desarrollo autonómico.

La solidaridad —sumarse a la causa de otros, como la define nuestro diccionario— implica empujar el camino para una salida de la crisis más equitativa. Sumarse a la causa de los más débiles, que al fin y al cabo es aquí donde se manifiesta la estatura moral de una sociedad. En este aspecto, sin duda, el PSOE se encuentra en situación más favorable.

Es necesario, para que las esperanzas depositadas por la sociedad

no se frustren, un importante cambio en la gobernación de nuestro país, tanto en los objetivos cuanto en los comportamientos y talentos. Ese cambio debe estar liderado por el PSOE, única fuerza política con cohesión y coherencia suficiente para conseguir el consenso social en cuanto a las cuestiones básicas que deben definir nuestra nación en esta hora: valores sociales, económicos, culturales, etcétera, ante la manifiesta incapacidad de realizarlo por la derecha gobernante.

Hoy existe en España más miedo a la continuidad que al cambio; más temor al pasado, convertido en presente, que al futuro.

## La ingenua astucia del programa socialista

Por Ramón HERMOSILLA

Así da gusto. El PSOE —para intentar el triunfo en las elecciones— se viste de cuasi-conservador. Se acabaron los radicalismos y los revolucionarismos. A los mítines, los oradores socialistas-marxistas han de ir con corbata y, si es posible, los organizadores han de colocar jarrones, con claveles, en el estrado. Por supuesto, están excluidos los gritos reivindicativos y, al final, en lugar de cantarse «La Internacional», se tararea una canción incolora. Don Felipe González habla a los electores como cuenta la historia, un líder de Acción Popular de los años treinta y don Alfonso Guerra habla y ofrece a los empresarios estímulos, incentivos, flexibilidad de despídos y «moderación salarial». Ambos a duo tranquilizan a los banqueros: no habrá nacionalizaciones, por el momento, lo cual no quiere decir que consolidadas para el PSOE sus opciones de Poder, planteen el tema en virtud de «nuevas condiciones objetivas que las hagan aconsejables».

En fin, que por ofrecer no queda: a los parados, trabajo; a los empresarios, congelaciones de jornales; a los obreros y empleados, jornadas semanales reducidas y aumento del período de vacaciones. Jauja. Este va a ser un país feliz.

Los socialistas se proponen hacer que todos los días caiga un maná para todos. Se ha reivindicado la «mesocracia», que fue un proyecto propuesto en las Cortes de la República por un diputado y que, entre otras aleyunas, contenía la iniciativa de colocar en las esquinas unas espitas de las que manaría, a simple vuelta del resorte, una sustancia alimenticia que el autor de la idea llamaba «la papilla integral», y que vendría a ser como la «sopa boba» que daban en los conventos; sólo que aquella sería sufragada por el Estado y alcanzaría a todos los ciudadanos.

¿De dónde va a salir el dinero para esa gran operación que postula el programa electoral del PSOE? Naturalmente, del presupuesto general del Estado. Por la vía de las obras directas que el Gobierno habría de realizar —carreteras, puentes, represas, túneles, viaductos, viviendas—, o mediante la ayuda que el Gobierno facilitaría a la empresa privada en forma de créditos, subsanación de déficit, liberación de cargas, exenciones de impuestos y otros atractivos que estimularan al empresario a invertir y reinvertir. En suma, la nodriza, estatal, según el PSOE, ha de tomar a su cargo el maravilloso e ingenioso programa; el